

Parece indispensable renovar el interés de los católicos en la doctrina social de la Iglesia. No podemos ocultarnos que esta doctrina sufre hoy día de una grave incompreensión.

Por un lado, estarán siempre los que sienten que sus intereses son heridos por la predicación del Evangelio cuando ella se refiere directamente a cualquier asunto moral que toque muy de cerca a las pasiones humanas. Esto no es exclusivo de la doctrina social. Basta recordar la recepción que tuvo en muchos círculos la Encíclica *Humanae Vitae*, para comprender que en todos nosotros habita la propensión a amar más las tinieblas que la luz.

Por otro lado, desde hace más de un siglo a esta parte se han venido formulando doctrinas y teorías económico-sociales de indudable interés y poder explicativo, que inducen a muchos a pensar que la consideración teológica es una carga innecesaria, que impone la doctrina una falta de precisión científica y de eficacia política.

CLASE MAGISTRAL AGRONOMÍA

"DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA"

15.4.86.

Finalmente, no podemos olvidar el aprovechamiento más o menos conciente, hecho por grupos de católicos que se suponen a sí mismos depositarios de la enseñanza de la Iglesia y la utilizan para sus propios fines, especialmente políticos, marginando de hecho de los beneficios de esta enseñanza a quienes no comparten su ideario o sus ambiciones.

Parece indispensable renovar el interés de los católicos en la doctrina social de la Iglesia. No podemos ocultarnos que esta doctrina sufre hoy día de una grave incomprensión.

Por un lado, estarán siempre los que sienten que sus intereses son heridos por la predicación del Evangelio cuando ella se refiere directamente a cualquier asunto moral que toque muy de cerca a las pasiones humanas. Esto no es exclusivo de la doctrina social. Basta recordar la recepción que tuvo en muchos círculos la Encíclica *Humanae Vitae*, para comprender que en todos nosotros habita la propensión a amar más las tinieblas que la luz.

Por otro lado, desde hace más de un siglo a esta parte se han venido formulando doctrinas y teorías económico-sociales de indudable interés y poder explicativo, que inducen a muchos a pensar que la consideración teológica, humanista, equilibrada, que impone la doctrina de la Iglesia, carecería de precisión científica y de eficacia política.

Finalmente, no podemos olvidar el aprovechamiento más o menos conciente, hecho por grupos de católicos que se suponen a sí mismos depositarios de la enseñanza de la Iglesia y la utilizan para sus propios fines, especialmente políticos, marginando de hecho de los beneficios de esta enseñanza a quienes no comparten su ideario o sus ambiciones.

Sin embargo, para esta Universidad, la doctrina social tiene un significado especial, no sólo por ser una institución de Iglesia, sino aun más porque contemporánea de la promulgación de la primera de las grandes Encíclicas Sociales, Rerum Novarum, la Universidad se convirtió precozmente en un centro vivo de su estudio y difusión, como lo atestiguan las tesis de grado elaboradas ya en sus primeras promociones sobre el tema, y la continuada serie de, actividades académicas de todo género, reuniones, seminarios, conferencias cursos y publicaciones que se le consagraron en ella durante muchos años.

Una reciente instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, enfatiza un punto, que ha sido claro desde hace tiempo para los estudiosos del tema, pero que no siempre es bien comprendido por todos los que debieran conocerlo. La enseñanza social de la Iglesia, "orientada esencialmente a la acción" se desarrolla en función de las circunstancias cambiantes de la historia. Por ello, aunque basándose en principios siempre válidos, comporta también juicios contingentes. Lejos de constituir un sistema cerrado, queda abierta permanentemente a las cuestiones nuevas que no cesan de presentarse..."

Georges Cottier, uno de los más renombrados entendidos en el tema, señala que la doctrina social de la Iglesia está como suspendida entre dos polos: por un lado, el de aquellas enseñanzas que están

inmediatamente enraizadas en la Revelación y en el derecho natural; y por otro lado, el polo de los juicios prudenciales y prácticos en cuyo ámbito se encuentran aquellos actos que están entregados a la autonomía propia de la libertad de los cristianos. La doctrina social se mueve entre estos dos polos, acercándose a veces en sus formulaciones al primero, donde adquiere la fuerza plena del magisterio ordinario de la Iglesia, y a veces al segundo donde los juicios son más circunstanciales. " Lo que es seguro es que esta doctrina no es un reservorio de recetas ni de programas, y que ella no diseña un modelo de sociedad".

Así, el cristiano que la considere atentamente encontrará en esta doctrina un núcleo de afirmaciones que se repiten constantemente desde *Rerum Novarum* hasta *Mater et Magistra* y *Laborem Exercens*, y a las cuales se transvasa toda la fuerza del magisterio ordinario; encontrará además respuestas a temas o problemas que han surgido sucesivamente en la historia, desde los abusos del capitalismo y los riesgos del socialismo en los tiempos de León XIII, hasta el surgimiento del comunismo y el fascismo en los días de Pío XI, las cuestiones del desequilibrio económico internacional en los días de Juan XXIII, los acuciantes problemas del desarrollo del Tercer Mundo en el pontificado de Pablo VI, y la proyección hacia nuevas formas de convivencia social que se atisban en inicio del tercer milenio y que ocupan la

atención de Juan Pablo II en *Laborem Exercens*.

Esta realidad puede tender a desanimar a algunos, que buscan en la enseñanza una cosa hecha, y, por decirlo así, lista para el consumo. Pero ella debería por el contrario estimular a los que han recibido el privilegio de una formación universitaria, y que han tenido tiempo de madurar en el gusto y la atracción de los problemas y desafíos que se plantean precisamente desde las cosas que se ignoran.

La misma Instrucción Pontificia a la que aludía al comienzo, señala que la doctrina social de la Iglesia requiere "la contribución de todos los carismas, experiencias y competencias". Esto significa la contribución de los profesionales, la de los empresarios, la de los técnicos, así como la de filósofos y teólogos. Contribución específica de cada cual, de algunos en el orden práctico, de aplicar y juzgar de las aplicaciones según su propia experiencia de vida tomada a la luz del Evangelio; contribución de otros en el orden teórico, de sistematizar y articular el sistema de doctrina. Este llamado de la Santa Sede muestra hasta qué punto la Iglesia es profundamente conciente de que su enseñanza no puede entrar en verdadero conflicto con las conclusiones de las ciencias sociales, ni con el progreso técnico en general.

La ciencia, y especialmente las ciencias sociales proceden normalmente sobre la base de la formulación de modelos de la realidad,

formulaciones deliberadamente simplificadas que permiten tratar segmentos de la realidad en forma que permita predecir su comportamiento y facilitar su manejo. No se podrá nunca insistir bastante en que este es un procedimiento intelectual no sólo legítimo sino también necesario. Criticar un modelo económico porque él es científico y no humano, es ignorar al mismo tiempo lo que es la ciencia y lo que es el hombre. Ese procedimiento es en sí inobjetable, mientras no se pierda de vista que el hombre sobre el cual se va a usar ese modelo, no se agota en el modelo, es inmensamente más complejo que él y no sólo más complejo sino que lo trasciende y no habrá ningún modelo discurrido por el hombre que dé cuenta de él.

La Iglesia como tal, no sabe de teorías científicas: pero ella sabe del sentido de la vida humana, del sentido y dignidad de la persona humana, y trata de proyectar la luz de ese conocimiento para que la acción de los hombres no se oriente por cauces que simplifican la realidad y llevan a olvidar la primera verdad sobre el hombre que es su dignidad y la trascendencia de su acción. Con cualquier técnica, con cualquier conocimiento científico, se puede hacer el mal y hacer el bien; se puede crear y se puede destruir. Eso lo ha aprendido por amarga experiencia nuestro siglo. Básicamente la enseñanza social de la Iglesia, que no da recetas, ni promueve sistemas, da según la Instrucción Pontificia, principios o razones de pensamiento; criterios para juzgar; normas para

actuar. El principio básico es el de "reconocimiento de la dignidad de todo hombre, creado a imagen de Dios", fundamento al que se unen los dos principios fundamentales, de la "solidaridad" y de la "subsidiariedad". En virtud del primero, el hombre está llamado a construir el bien común en todos los niveles "y a desechar cualquiera sobrevaloración de sí mismo que se haga en desmedro de los demás. En virtud del segundo, nadie "puede sustituir la iniciativa y la responsabilidad de las personas y de los grupos sociales intermedios en los niveles en que estos pueden actuar, ni destruir el espacio necesario para su libertad. De este modo, la doctrina social de la Iglesia se opone a todas las formas de colectivismo." En virtud de esos principios, puede la conciencia cristiana juzgar del valor de las estructuras sociales y de la medida en la cual ellas se orientan a satisfacer la exigencia primera de la dignidad humana. La Iglesia sabe, y en eso se separa de modo tajante de los materialismos ambientes, que no hay ninguna reforma de estructuras que pueda suplir a la libre determinación de las personas; pero sabe también que esta libre determinación iluminada por la Revelación, pondrá los modelos científicos y técnicos al servicio del hombre y de su fin trascendente. Al llegar a este punto, vale la pena destacar que los católicos han mostrado por lo general escaso sentido de la historia, de su propia calidad de agentes del proceso histórico y de su capacidad real de influir sobre él para crear un mundo más conforme con nuestra dignidad de hijos



de Dios. En este sentido, las doctrinas ateas nos han tomado una peligrosa ventaja, tal vez porque quienes las profesan están obligados a poner su única esperanza en la obra de la humanidad sobre la tierra. Pero nosotros estamos llamados a reavivar nuestra fe en la posibilidad de construir un mundo más humano: el intentarlo, a pesar de todas las frustraciones y fracasos, y el saber que en esa empresa estamos colaborando a la obra creadora de Dios, es testimonio de la virtud teologal de la esperanza. La Iglesia está llamada a señalar cómo el pecado personal corrompe y destruye las estructuras sociales, y las hace fuente de enajenación para los hombres. La Iglesia proclama que esa lucha por el cambio de corazón de los hombres y el cambio de las estructuras sociales, sólo puede hacerse en forma humana si los derechos de la libertad son respetados desde un principio; y ella erige esta afirmación en una norma de acción fundamental.

Desde los días de *Rerum Novarum* la Iglesia ha proclamado el derecho del hombre a acceder a la propiedad de los bienes materiales; y hoy día en que se vislumbra el advenimiento de una civilización del trabajo, y en que los hombres buscan cada vez más en él no sólo su sustento, sino también la fuente privilegiada de su realización personal, la Iglesia se adelanta a señalar las exigencias de ese mundo nuevo que se avecina. Una mirada hacia atrás nos muestra cómo, en cada coyuntura, la palabra del Magisterio, enriquecida



por el concurso generoso de muchos cristianos, ha ido ayudando a discernir lo que tiene de bueno y lo que tiene de malo cada momento de la historia social de nuestro siglo, y procurando evitar que los hombres se dejen engañar por tantos espejismos que acechan y que deforman las realidades sociales. Hoy, después de muchos años, podemos pensar que si tantas admoniciones hubieran sido escuchadas, tendríamos un mundo mejor, y ello es a su vez un estímulo y una razón para no hacer oídos sordos a la palabra que se nos dirige hoy día.